

IN MEMORIAM

JOSE MUÑOZ PEREZ
(MELILLA, 1925-CADIZ, 1988)

«El vasallo-súbdito-ciudadano, que se atreve a molestar la importante atención de V.M. con este proyecto, es un americanista español de 54 años de edad en este momento, que ha consagrado toda su existencia y piensa destinar el resto de la que Dios en sus altos e inescrutables designios le reserve a estudios sobre la América española. De modo preferente, Señor, ha trabajado sobre la política gubernamental americanista española en el Siglo de las Luces, especialmente en el reinado de vuestro augusto antecesor y ascendiente S.M. Carlos III, que en su modesta opinión de historiador, ha sido uno de los más grandes soberanos y de los de mayor visión de futuro que ha tenido la Monarquía Hispánica y que tuvo la rara virtud de saber escoger a sus colaboradores».

Tal era el retrato que el Dr. Muñoz Pérez ofrecía de sí mismo a finales de 1979 cuando redactaba las páginas que a la postre engrosarían su *Discurso y reflexiones en torno a la Comunidad Hispánica de Naciones*, con el que obtuvo el segundo galardón en la edición de los Premios «Cultura Hispánica».

Personaje de una inequívoca vocación americanista, a los 18 años consiguió una beca en la recién creada Escuela de Estudios Hispanoamericanos para licenciarse en Historia de América por la Universidad de Sevilla en 1949. Ese mismo año logró también una cátedra de Geografía e Historia en la Enseñanza Media que le vinculó al Instituto de Avila, primero, y al «San Isidoro» de Sevilla, después. De su paso por estos centros guardó siempre un imborrable recuerdo y gustaba con frecuencia referirse a ellos y a los alumnos que asistieron a sus clases. Fueron los años, además, en los que cultivó con especial interés la Geografía, afición que no abandonaría jamás.

Pero sus metas eran la Enseñanza Superior y la Historia de América. Por ello aprovechó la proximidad de su residencia avileña para integrarse, como profesor ayudante, en la cátedra de Historia de los Descubrimientos Geográficos de la Universidad Complutense, entre 1951 y 1958, y como investigador colaborador

en el C.S.I.C., entre 1951 y 1961. En esta etapa realizó su tesis doctoral sobre «El reajuste económico del Imperio bajo Carlos III. Proyectos y reformas», que no ha visto la imprenta.

Trasladado a Sevilla a comienzos de los 60, mantuvo asimismo estrechos lazos con la Universidad hispalense en la que durante esa década impartió las clases de distintas asignaturas de la sección de Historia de América. La ansiada y definitiva integración universitaria le llegó en 1972 cuando obtuvo la plaza de Profesor Agregado de Historia de América de La Laguna. De allí pasó en 1975 a la de Granada para finalmente lograr la cátedra de Historia de América de la Universidad de Cádiz en 1982. En ese centro permaneció hasta su muerte, seis años después.

Su trayectoria investigadora giró casi monográficamente en torno al siglo XVIII, y de forma particular en la época de Carlos III. Su trabajo más temprano (1947) —«La publicación del Reglamento de comercio libre a América de 1778»—, abrió nuevas perspectivas de estudio y resulta todavía hoy de cita obligada. Los años 50 fueron, sin duda, los más ricos en publicaciones, dando a la luz una serie de artículos que, en definitiva, constituyeron lo más representativo de su aportación historiográfica. De entre ellos merecen citarse: «La idea de América en Campomanes» (1954), «Los proyectos sobre España e Indias en el siglo XVIII. El proyectismo como género» (1955), «Mapa aduanero del XVIII español» (1955), «El comercio de Indias bajo los austrias y la crítica del proyectismo del XVIII» (1956), «La España de Carlos III y su conciencia de período histórico» (1958) e «Ideas sobre el comercio del siglo XVIII» (1960).

Hacia 1968 se integró en un grupo de trabajo en torno a la Cátedra San Isidoro de León, preparatorio del VI Congreso Internacional de la Minería. Resultado de aquella labor fue la publicación en 1970 y 1974 de los Catálogos de los fondos mineros existentes en el Archivo de Indias, secciones de Guatemala y Lima, que coordinó y dirigió él mismo. El valor de estas obras hoy nadie lo discute y, por el contrario, lamentamos que la empresa terminara sin acometer la catalogación de los fondos de la audiencia de México, tal como se había proyectado. Por otro lado, el prolongado contacto con este tipo de documentación le inclinó a profundizar en el campo de la Historia minera colonial poniendo en marcha un ambicioso proyecto de investigación, plasmado en parte por algunos de los que fuimos alumnos y discípulos suyos. Dicho programa fue desarrollado fundamentalmente durante los años de su estancia en Granada.

También en esa época incursionó en el vasto y complejo

campo que brinda la documentación de bienes de difuntos, ponderando la importancia y posibilidades de investigación que ofrece esta fuente. A principios de los 80 retomó su vieja filiación de geógrafo —«Los historiadores primitivos de Indias y el pensamiento geográfico—» para suscitar, como era habitual en él, nuevas vías de análisis o nuevos enfoques. En 1987 la revista *Gades* publicó su último trabajo, «Los catecismos políticos: De la Ilustración al primer liberalismo español, 1808-1820».

Miembro de número del Instituto Internacional de H.^a del Derecho Indiano, correspondiente de la Real Academia de Córdoba de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes y Numerario electo de la Real Academia Hispanoamericana de Cádiz. Activo e infatigable en el trabajo, aún a costa de su quebrantada salud. Impulsor entusiasta de la Asociación Española de Americanistas desde sus comienzos. Excelente contertulio y mejor orador. Su conversación era tanto o más enriquecedora que sus escritos. Dotado de una memoria envidiable, no escatimaba ocasión para recordar anécdotas de todo tipo e, incluso prometió un libro de memorias sobre la Universidad de los últimos 40 años que finalmente no redactó. Solía definirse como «Visceralmente profesor», poniendo el acento en la función de enseñar y en concreto en la de enseñar a investigar. Le atraía la idea de formar investigadores y de ahí su actitud siempre receptiva hacia el alumno. Quienes trabajamos con él supimos del rigor y de la disciplina, pero también del afecto y del cariño.

Concluyamos, igual que al principio, rememorando sus propias palabras contenidas en ese *Discurso y Reflexión* que tanto tiene de conceptual y de biográfico:

«Este proyectista de finales del siglo XX ha dedicado muchas horas de su vida a estudiar cuestiones americanas, ama con hondura a la América española, nada relativo a ella le es ajeno, sufre con sus temblores telúricos y aletea su espíritu cuando en algunos de sus pueblos aparece un rayo de esperanza; ha viajado por algunas de sus regiones, aunque no tanto como hubiera deseado, porque no se le han presentado las suficientes ocasiones; tiene muchos amigos, lógicamente historiadores y universitarios, en la otra orilla del Océano; ha meditado mucho sobre lo que los españoles europeos podríamos hacer por los españoles americanos y sobre los aspectos en que ellos en reciprocidad podrían ayudarnos, y sobre lo que juntos, a uno y otro lado del Atlántico, podríamos suponer, representar y actuar, en por y para la Humanidad».

MIGUEL MOLINA MARTINEZ
Universidad de Granada

R. I., 1990, nº 190